

## EL DIFÍCIL CAMINO DE LA UNIÓN ARÁBE

CUANDO en su obra *El Mundo y el Occidente*, el gran historiador británico, Arnold Toynbee, analiza la actitud del Islam para con el mundo occidental, se detiene a considerar las desastrosas consecuencias que el nacionalismo —como «virus» occidental— ha producido en los países musulmanes.

«En un mundo en que la distancia se ha «aniquilado» por el progreso de la tecnología —afirma—, la tradición islámica de la hermandad del hombre parecería constituir un ideal mejor —para satisfacer la necesidad social contemporánea— que la tradición occidental de independencia soberana para docenas de nacionalidades separadas.»

Y más abajo: «Es de esperar que en el mundo islámico, la difusión de esa enfermedad política occidental puede ser contrarrestada por la fuerza del tradicional sentimiento islámico de unidad. La unidad política y social, extendida en todo el mundo, es necesaria para nuestra salvación en esta edad atómica, mucho más urgentemente de lo que la ha sido en el pasado.»

Muchas veces, de viaje por el mundo árabe, me he preguntado si esta esperanza manifestada por el historiador inglés puede llegar a tener realidad en nuestros días. Si el mundo musulmán está capacitado para alcanzar esa unión total que tantos beneficios traería a la civilización y que le daría en la historia un papel de primer orden.

Es preciso concretar los términos de esta investigación. Existen en el mundo alrededor de trescientos millones de musulmanes. Pero este es un término meramente estadístico que incluye las comunidades musulmanas de América, África y de la Unión soviética y que de ningún modo puede ser tomado en cuenta cuando de movimientos panislámicos se trata.

El verdadero «espacio islámico» debe referirse a toda la zona comprendida entre Pakistán, en el Este, y Marruecos, en el Oeste, que incluye, además de esos dos países, los siguientes: Afghanistan, Persia, Turquía, Irak, Arabia Saudí, Yemen, Jordania, Siria, Egipto, Sudán, Libia, Argelia y Túnez, junto con otros sultanatos de menor importancia. Todos estos países son de religión preferentemente islámica y su reunión en un gran bloque o en una inmensa federación ha sido el sueño de ambiciosas personalidades musulmanas, desde Abdul Hamid II, de Turquía, hasta Abdel Aziz Ibn Saud, de Arabia, pasando por Hussein del Hidjaz y por Faruk, de Egipto.

Los congresos celebrados para un movimiento panislámico han tenido escaso resultado práctico, sino es el de preparar corrientes de mutua simpatía entre los estados de religión musulmana. El Congreso de la Meca, de 1926, las conversaciones en Siria y Egipto, en 1938, no tuvieron en realidad otro alcance.

La política europeísta de Kemal Atatürk alejó a Turquía, prácticamente, de esa tendencia panislámica. Su progresismo y su laicismo la apartaban de una concepción tan rígidamente religiosa y, con la reforma de 1922, Turquía pasaba a ser una nación de Occidente.

Los más típicos exponentes de esta tendencia integradora de un mundo islámico han sido sin duda el movimiento wahabita de Arabia y la Hermandad musulmana.

Procede el primero del reformador árabe Mohammed Ibn Abdel Wahab, quien, a mediados del siglo XVIII, inició en el territorio de Arabia una campaña dirigida a la «purificación» de la religión islámica.

Iba destinada la campaña a la lucha contra la tendencia sufí, de profunda influencia en el Islam desde la predicación de Hasán Basora, y fué apoyada por los emires de Dariya, antepasados de la actual casa reinante en Arabia. La amenaza que la nueva tendencia representó para La Sublime Puerta provocó una inmediata reacción antiwahabita. Mohammed Ali, Virrey de Egipto, aniquiló el movimiento en nombre del Sultán.

En nuestro siglo, el wahabismo volvió a surgir, constituyendo la base del triunfo de Abdel Aziz Ibn Saud, la gran figura del moderno Islam, y de un programa de pureza islámica acogido con creciente éxito en todos los países musulmanes.

La Hermandad musulmana, por otra parte, quiso representar en

Egipto el instrumento para la realización del ideal coránico de gobierno. Fué fundada la Asociación por el cheik Hasán el Benne en 1931 y su éxito en el valle del Nilo fué inmenso. Por su influencia se organizaron asociaciones similares en otros países, como la de los Kna-dayat Islam, en Persia.

En el momento de ser suprimida por el gobierno de Abdel Nasser, la Hermandad contaba en Egipto con unos quinientos mil miembros y constituía, desintegrado el partido Wafd, la mayor fuerza de oposición al Gobierno.

Representaba esta Asociación el lado verdaderamente imperialista de Egipto —por lo que tenía de fuerza expansiva en los demás países árabes— y Gamal Abdel Nasser dió una buena prueba de su postura exclusivamente nacionalista al suprimirla.

La historia de los intentos de unificación islámica nos muestra el escaso valor práctico de esta idea. Razones de tipo político han impedido que esta tendencia se convirtiera en realidad. Fracasó Abdul Hamid, cuando, habiendo lanzado la idea de la guerra santa durante la contienda de 1914 a 1918, vió a los árabes y a los indios musulmanes combatir contra los musulmanes turcos. Detuvo Ibn Saud sus ímpetus panislámicos —después de conseguida la gran victoria sobre el Jerife Hussein— cuando los intereses británicos sobre Jordania y el Irak obligaron al monarca Saudí a detenerse en la actual línea fronteriza.

El sueño panislámico, la teocracia universal edificada sobre las normas del Corán murió, a mi ver, con Abdel Aziz Ibn Saud en 1953. Pocos antes de su muerte, estando yo en Egipto, creí verla resucitar cuando el General Naguib, entonces presidente de la República, vistió la túnica de peregrino para visitar la Meca en el mes de Zoul Hijda. Era la despedida y el homenaje a una idea de tiempos pasados.

La herencia política del panislamismo —una vez demostrado que la religión no era suficiente motivo para la integración de zonas tan dispares— la recogió el panarabismo. Es muy curioso observar en este sentido que uno de los máximos líderes de la tendencia panislámica fué después un gran paladín del arabismo. Me refiero al Gran Mufti, de Jerusalén, Emin el Huseini, que convocó, en 1937, el gran congreso de Bludán, en Siria. A este Congreso asistieron cuatrocientos cincuenta delegados de varios países árabes, entre ellos varios obispos ortodoxos.

A la religión sustituía la raza. A la «sinceridad islámica» sucedía la «solidaridad árabe» y con ello, el espacio que pretendía unificarse quedaba limitado a los países propiamente árabes.

El Pakistán, formado por los musulmanes de la India, quedaba separado de los problemas que afectan a los países del Próximo Oriente y excluido por lo tanto del grupo de Estados denominados árabes. Lo mismo ocurría con Afghanistan y Persia. Por otra parte, los países del norte de Africa, con la excepción de Egipto y Libia, quedaban englobados en un orden muy distinto de cosas, aun cuando sentimentalmente, se sintieran asociados a los «árabes».

Lo que llamamos «el mundo árabe» se concretó, por tanto, a la zona comprendida por los siguientes países: Siria, máximo centro del arabismo y su verdadera cuna; Egipto, actual líder del movimiento; Arabia Saudita, el país racialmente más árabe de los árabes; Libia, transitorio entre el mundo árabe y el Magreb; Yemen; el Líbano, un Estado predominantemente cristiano y las dos Monarquías Hachemitas de Jordania e Irak.

Sería innecesario entrar en consideraciones acerca del valor que en el aspecto racial tiene esta denominación del «mundo árabe» que hoy encontramos en primer plano de la actualidad. Es el idioma, con sus diferencias dialectales, el aglutinante más completo del arabismo. La raza árabe, mezclada a lo largo de la historia con elementos norteafricanos y asiáticos, solamente encuentra su representación en la Arabia Saudita y entre algunas tribus de beduínos del Fértil Creciente. Los demás países pueden ser considerados árabes en el mismo grado en que los pueblos de lengua romance de Europa pueden ser llamados latinos, después de dos milenios de toda clase de influencias.

Bajo la inspiración del movimiento árabe se celebró la conferencia de Londres en 1939. Era el cumplimiento, por parte de Gran Bretaña, de la promesa hecha al Jerife Hussein de la Meca, en 1915, por el Comisario inglés, Sir Henry Mac Mahon.

La reunión, que tuvo que suspenderse por causa de la guerra, se produjo de nuevo en 1944. Un comité de los siete Estados árabes preparó el llamado Protocolo de Alejandría del que nació la Liga Árabe, cuyo pacto fué firmado el 22 de marzo de 1945 por Siria, Líbano, Jordania, Irak, Egipto, Arabia Saudita y Yemen. Posterior-

mente, Libia se asoció al Pacto y últimamente lo ha hecho el Sudán, después de ser proclamada su independencia.

A esta asociación meramente internacional se limita por tanto la primitiva aspiración de las personalidades árabes al Califato, al panislamismo y al panarabismo. La historia de estas tendencias, a través de los acontecimientos políticos, ha dado como resultado una Liga en vez de una Unión o una Federación. La Liga, en la medida de lo posible, ha cubierto y ha remediado el gran vacío que el nacionalismo ha creado en Oriente Medio. Sus méritos son de todos conocidos, pero el vacío sigue existiendo y es causa principal de la gran crisis de nuestros días. Naturalmente, esta solución negativa de la causa de la integración de los árabes, tiene sus motivos profundos que de ningún modo pueden ser explicados unilateralmente.

Muy interesante sería trazar un sistema para la comprensión de las múltiples causas que han contribuido a tal resultado.

Un intento en este sentido pudiera hacerse a base de tomar un esquema comprensivo de todas las realidades de Oriente Medio para poder aplicarlo a la evolución concreta de la política en aquella zona.

Un reciente ensayo de Román Perpiñá Grau nos ofrece un esquema que muy bien podría proponerse como base para sistematizar este complicado mosaico del mundo árabe. Al hablar de las necesidades que rigen los destinos de los pueblos, distingue el sociólogo y economista español en los siguientes órdenes: el religioso, el jurídico-político, el defensivo o estratégico y el económico. En estas denominaciones se comprenden todas las actividades de las comunidades humanas.

Un análisis detenido de cada una de estas necesidades en el área que denominamos «el mundo árabe», nos aclararía en qué grado es posible la verdadera unión y cuáles son los inconvenientes que los árabes habrán de soslayar en el camino integrador. A través de ese análisis descubriríamos las fuerzas que se oponen a que el «bloque árabe» pueda llegar a ser una realidad consistente.

Los últimos acontecimientos medio-orientales han creado en nosotros y en muchos árabes la ilusión de que el mundo árabe camina hacia la unión. Pocas veces nos hemos detenido, sin embargo, a investigar si las circunstancias sociales de los pueblos de Oriente Medio son favorables a esa unión. Es probable que en ese dogmatismo radique un mayor peligro que en la acerba crítica de los hechos.

Suponer que el mundo árabe es un hecho, es abandonarse a una estéril confianza, mientras que poner de relieve los inconvenientes de todo tipo que la idea ha de encontrar en su camino, es situarse en la posición indispensable para superarlos.

La primera fuente de disgregación —siguiendo el esquema propuesto— hemos de hallarla en la convivencia, en los países mediorientales, de intereses religiosos muy dispares. Dentro del seno del Islam coexisten, desde hace muchos siglos, tendencias irreconciliables que se consideran musulmanas, pero que reclaman, cada una para sí, la verdadera herencia del Profeta. La división más típica es la constituida por sunnitas y chiitas, que procede de los primeros años del movimiento islámico. Representa esta diferencia sectaria una profunda escisión no sólo dogmática —pues la distinción consiste sólo en la aceptación o no aceptación de la Tradición como fuente de derecho—, sino sobre todo, política. Lo mismo podemos decir de las sectas sufíes, en contraposición a las tendencias puritanas que, como la Wahabiya en Arabia o la Senusia en Libia, han jugado un importantísimo papel en la historia política del mundo árabe.

De gran trascendencia en la actual estructura del Islam es la supervivencia de las llamadas sectas sincréticas, equidistantes entre cristianismo e islamismo o entre zoroastrismo e islamismo. Ejemplos de las primeras los encontramos en las comunidades aluitas y, sobre todo, drusas, de tan honda significación en Siria, el Líbano e Israel. El caso más típico de las segundas es el de la secta de los yezidis o adoradores del diablo, cuyo centro se encuentra en las montañas del Sinjab, al norte de Mosul y muy cerca de importantes yacimientos petrolíferos.

Aun dentro de la más estricta ortodoxia, la división se opera por conducto de las congregaciones y asociaciones que adquieren carácter eminentemente político. El Sudán, por ejemplo, para no citar más que uno de los muchos casos, es un país cuya política está condicionada por la fuerza de los líderes religiosos que, como el Mahdi y el Merghani, ejercen una auténtica soberanía sobre sus seguidores.

Estas y otras muchas diferencias doctrinales o meramente históricas que separan a los grupos, disgregan la contextura interna del mundo árabe, impidiendo un desarrollo integrador.

De mayor significación aún que las diferencias entre los miembros de la comunidad islámica es, en este sentido, la presencia en la

zona medio-oriental de otras dos grandes religiones; el cristianismo y el judaísmo, cuya representación se encuentra no sólo en dos territorios muy diferenciados, el Líbano e Israel, sino también en la casi totalidad de los países árabes, a través de profundas influencias.

Los casos más típicos de esta presencia son, desde luego, el Líbano para la religión cristiana y el Estado de Israel para la judaica. La rivalidad entre Beirut y Damasco ilustra por sí sola muchos de los aspectos de la complejísima situación religiosa de Oriente Medio. La corriente llamada de las «Falanges Libanesas», encabezada por Paúl Gemayel, ha sido tal vez la que con más energía ha planteado el problema de la convivencia del Líbano con los países musulmanes. Los partidarios de tendencias más moderadas, como el Presidente Camile Chamoun, han procurado asociarse discretamente a los movimientos árabes, a fin de mantener un difícil equilibrio político. En esta tendencia proárabe del pueblo libanés parece adivinarse la intención de esquivar, por medio de Pactos de tipo internacional, la evolución hacia concepciones más rígidamente musulmanas del arabismo.

Muy interesante es la posición de las minorías cristianas en Jordania, Siria y el Irak. Su adhesión a la causa árabe es, en realidad, una expresión de su firme voluntad de desmentir que el cristianismo tenga nada que ver con la expansión política y económica de Occidente.

Lo mismo ocurre con los coptos y con otros grupos cristianos de Egipto que tienen derechos milenarios en el valle del Nilo. En la mentalidad de las masas musulmanas egipcias, los coptos son a menudo confundidos con los representantes de los intereses extranjeros. A consecuencia de los acontecimientos del pasado año en el canal de Suez, se está procediendo a una más completa islamización de Egipto, preparada ya, en cierto modo, por la Constitución de 1956 al reservar para el Islam la consideración de religión del Estado.

Parecida situación es la de los judíos de Oriente Medio. Aun cuando las comunidades religiosas de Israel son escasas, sucede el fenómeno curioso de que el único lugar común para designar a los judíos del mundo es una denominación de tipo religioso, aun cuando su contenido sea esencialmente social y político.

Podrá decirse, después de este esquema, apenas esbozado, que esta dispersión no es exclusiva de Oriente Medio. Es cierto. También Europa y América albergan innumerables corrientes de tipo reli-

gioso. Pero hay una diferencia. En Occidente las religiones, aun conservando su fuerza intelectual y espiritual, carecen de la fuerza política que tienen en los países árabes. Las religiones, en esta zona del mundo, son la vía normal de las aspiraciones de los pueblos y la característica determinante de los diversos grupos. Sustituyen, en cierto modo, a los partidos políticos y actúan constantemente en la vida pública.

Las cuestiones políticas que —para seguir desarrollando el esquema propuesto— actúan en el mundo árabe, proceden a menudo de fenómenos religiosos. He aquí dos vertientes de la realidad íntimamente ligadas entre sí. Clasificarlas dentro de un marco exclusivamente religioso no sería, sin embargo, justo y es preferible considerarlas como independientes de sus causas remotas.

La simple cita de los motivos políticos de disgregación entre los países árabes constituiría una larga lista no justificada en este artículo, que pretende sólo aportar un esquema. La rivalidad entre las casas Saudí y Hachemita; el proyecto de la Gran Siria, vivo aún en muchos sectores de opinión; la ruptura del sistema de la Liga árabe a consecuencia del Pacto de Bagdad y de su corolario, el Pacto sirio-saudí-egipcio; la influencia de Turquía y de los Occidentales sobre algunas naciones árabes; la tensión entre el Líbano y Siria; las difíciles relaciones entre Egipto y el Sudán, problema muy importante que afecta a la zona africana del mundo árabe, son solamente algunos ejemplos de los innumerables problemas planteados en Oriente Medio.

Pero el más importante de todos ellos, el que de un modo más rotundo ha venido a impedir el desarrollo de un mundo árabe unido, es, sin duda, la cuestión de Israel. Situado en el centro de su geografía, Israel divide en dos partes el bloque de los árabes. El ferrocarril que, desde El Cairo, se dirigía a Amman, quedó cortado, en 1948, por las alambradas del nuevo Estado. La unión física se hacía de este modo imposible, pero se iniciaba la posibilidad de una unión moral, dado que la cuestión de Israel pasaba a ser, para todos los árabes, un clamor unánime de justicia y de venganza. La actitud de los árabes con respecto a este problema no ha variado desde 1948. Las naciones que muestran una más clara tendencia pro-occidental, han manifestado siempre su solidaridad con el bloque árabe en este sentido. Así se declaró por los dirigentes iraquíes, al ser suscrito el



Pacto de Bagdad, para aplacar los temores egipcios de que Israel pasara a formar parte de dicho Pacto.

La cuestión no ha terminado aún y el problema de Israel no encuentra una satisfactoria solución. ¿Será quizá, en el futuro, el Pacto de Bagdad la vía normal de una alianza de Israel con sus vecinos? El clamor de los árabes es demasiado violento para que esto llegue a ser ahora una realidad, pero algún día habrá de reconocerse que Israel es una nación muy fuerte y muy sólida que lleva ya nueve años de existencia y a la que no se ha podido superar militarmente.

Con ello entramos ya de lleno en consideraciones estratégicas que, sin duda, son las de más honda significación en el momento presente. A través de ellas se opera, en buena parte, la intervención de los Estados Occidentales en los problemas de la zona.

Hay, en primer lugar, una afirmación que hacer. Rusia mira a Oriente Medio como una zona fundamental para su seguridad estratégica futura. De ello surge una amenaza para todas las naciones de Occidente, bien por sus intereses económicos, bien porque Oriente Medio es el paso esencial del camino de la India.

Pero donde más gravemente se hace sentir esta amenaza es, sin duda, en las naciones situadas al Norte del Fértil Creciente y que tienen fronteras lindantes o muy próximas a las de la Unión Soviética: Turquía y el Irak. La política neutralista de Egipto no pueden permitírsela los políticos iraquíes. Necesitan mostrar una inquebrantable adhesión a Occidente para protegerse en forma eficaz del verdadero imperialismo que les amenaza por el Norte. No es esta una política exclusiva del Gobierno de Nuri Es Said, fiel a Occidente. Cualquier régimen iraquí se vería obligado a apoyarse en Occidente, para conservar la soberanía de su país.

El ex-primer ministro, Mohammed el Jamali, decía, a raíz de las dificultades creadas por el Pacto de Bagdad: «Yo he dicho a los dirigentes árabes que, aun cuando hemos sufrido en el pasado el imperialismo occidental, nuestro sufrimiento se ha visto superado por un nuevo imperialismo, que amenaza en forma común tanto a Occidente como a nosotros», y expresaba de este modo que la necesidad defensiva del Irak no era una simple cuestión de influencia occidental, sino una vital exigencia de la nación.

Es en el Pacto de Bagdad donde debe buscarse la más profunda

causa de separación entre los árabes. Una causa surgida de una insoslayable realidad geográfica. Es la prueba de que la geografía no acompaña tampoco las aspiraciones del panarabismo, sino que constituye un motivo más de división.

Los recientes acontecimientos demuestran que este Pacto Turco-iraquí mantiene su plena vigencia y representa el más sólido sistema defensivo de Oriente Medio. La adhesión de los Estados Unidos, prometida por el Presidente Eisenhower al primer Ministro británico en la Conferencia de las Bermudas, consolida fuertemente este instrumento de seguridad. La nueva tendencia saudí hacia Occidente, por otra parte, invalida en la práctica el sistema creado por Egipto y los acontecimiento de Jordania devuelven a este país a su tradicional amistad con Inglaterra. Sin firmar por ahora el Pacto de Bagdad, Jordania y Arabia Saudita muestran su buena disposición hacia sus miembros. El Líbano puede ser poderosamente atraído por este hecho y la posición de Israel sale con ello beneficiada. Siria y Egipto quedan del otro lado, sin que se haya dicho la última palabra.

Un caso semejante, aunque no idéntico, es el de Libia, representada también en la Liga árabe, pero ligada a Inglaterra por el Tratado de 1953, muy importante para comprender la política británica posterior en el Mediterráneo. La insistente recomendación de Egipto y su ofrecimiento de prestar a Libia la ayuda que necesitaba, demostraron el temor de los dirigentes de El Cairo ante las bases inglesas del desierto líbico. No pudieron sin embargo evitar la firma del Tratado y, con ello, no sólo el bloque árabe, sino los dos países vecinos del Norte de Africa quedaban separados por un obstáculo difícil de salvar.

Entre las razones de orden económico que contribuyen a la disgregación del mundo árabe, hay unas que se refieren a las relaciones entre los Estados árabes y otras que tienen por base la presencia de los intereses occidentales en la zona.

Al primer grupo pertenecen, entre otras:

La desproporción geográfica de los territorios comprendidos por los países árabes, que hace difícil la Unión Aduanera y Económica y poco eficaces los Convenios existentes en este sentido.

La ausencia de una buena red de transportes que enlace a las naciones árabes. Las únicas líneas ferroviarias que existen son la que va desde Amman a Damasco y la muy deficiente de Damasco a

Beirut. El resto del transporte se realiza por carretera o por las pistas de arena del desierto. Desde El Cairo a Jartum, el ferrocarril está interrumpido entre Chel-lal y Wadi Halfa y es necesario hacer este trayecto en las barcas del Nilo, en la época en que el río es navegable. El proyecto del ferrocarril del Hidjaz —que fué destruído por el Coronel Lawrence— puede traer muchos beneficios a la Arabia Saudita. En todo caso, un sistema racional de transportes es imprescindible para un auténtico intercambio comercial entre los países árabes.

La tensión sirio-libanesa derivada de la importancia comercial del puerto de Beirut, que sólo podrá modificarse cuando estén terminadas las obras del puerto sirio de Lataquía.

La dificultad de una Unión aduanera entre Siria y El Líbano, a consecuencia de la desigualdad geográfica de sus territorios.

Los problemas a menudo planteados como consecuencia del tránsito de las tribus beduínas nómadas, entre Siria, Irak, Jordania y Arabia, de gran importancia en el desarrollo económico de estos países.

Las difíciles relaciones entre Egipto y el Sudán, agravadas de día en día por el creciente desarrollo de este último país, que puede controlar el caudal de agua a que se debe Egipto plenamente. Un primer planteamiento concreto de este problema ha tenido ya lugar con ocasión del proyecto egipcio de la Presa de Asuan, que afectará al Sudán en muchos aspectos.

Las otras razones disgregadoras en lo económico se refieren a la presencia de los occidentales en el territorio. Los intereses extranjeros en los diversos países, provocan a menudo diferencias entre los grupos y entre las naciones. Alrededor del petróleo se ha entablado una lucha que tiene caracteres de guerra económica.

El algodón ha sido también el origen de disensiones, sobre todo entre Egipto y el Sudán. A consecuencia del bloqueo británico contra Egipto, la industria inglesa se está nutriendo principalmente del algodón producido en la Gezira sudanesa, la zona creada por la administración británica del Condominio, en la confluencia del Nilo Blanco y el Nilo Azul, cerca de Jartum.

La presencia de Israel ha sido también, en el orden económico, un

motivo importante de separación entre los países árabes. Baste pensar que, desde su creación, se han interrumpido todas las comunicaciones por tierra entre Egipto y los demás Estados árabes.

La acción de las potencias occidentales, en lo que se refiere a lo económico, ha sido fuertemente disgregadora. Oriente Medio es el paso obligado del camino de la India, vital para Gran Bretaña lo mismo que lo fué para Alemania y necesario también para los Estados Unidos. El canal de Suez; el ferrocarril Berlín-Bagdad que pretendía llevar hasta el Golfo Pérsico el llamado «Drang nach dem Osten»; el puerto de Beirut, construído durante el mandato francés y entrada obligada de la corriente comercial dirigida a Asia y a la red de oleoductos que garantizan el suministro de petróleo a Europa, son otros tantos ejemplos del interés occidental en el Medio Oriente. Se añade a estos, ahora, una nueva realidad de enorme interés para Occidente: el oleoducto Eilat-Haifa, que restará influencia al canal de Suez en materia petrolífera y que ha originado el nuevo problema del Golfo de Aqaba, que los árabes consideran aguas jurisdiccionales sauditas y egipcias.

Demasiados problemas, demasiadas tendencias en lo económico, en lo estratégico, en lo político, en lo religioso, conviven en los países árabes. El mundo árabe no es el Mundo Árabe Unido que pudo parecer a fines del pasado año. Es un complejo mosaico de intereses y tendencias que hacen difícil, por ahora, su verdadera unidad. Pretender explicar su disgregación desde un punto de vista unilateral, es un error. La realidad tiene siempre más de una premisa y una determinada situación es producto de muchas causas concurrentes. A través de un esquema semejante al que hemos apenas esbozado en este artículo, podríamos llegar a una comprensión sistemática de los obstáculos que se oponen a la integración de los árabes. El análisis contribuiría a destruir, probablemente, muchos mitos que envenenan la política de Oriente Medio y podría aclarar confusiones creadas dentro y fuera de los países árabes.

Las ideas que parecían viables hace diez años, pueden haber prescrito en nuestros días. Un nuevo planteamiento de los problemas del Medio Oriente se está haciendo cada día más necesario. Del mismo modo que la idea panislámica dió un día paso a la idea panárabe,

puede suceder que hoy esa idea panárabe ceda paso a una consideración más realista, construida sobre la idea regional y económica más que cultural e histórica. Es muy posible que la tendencia de última hora sea de sólida integración defensiva de los países árabes en un bloque puramente medio-oriental.

LUIS CARANDELL

